

Sept. 22, 1939



Y A hemos dicho en artículos anteriores que de los restos que aun se conservan en nuestra capital de las antiguas Murallas, uno de los trozos que más interés ofrece por su configuración y su valor histórico, es el correspondiente al lienzo de Muralla marítima que protegía el edificio destinado a Maestranza de Artillería, pues este trozo de Muralla, que se extiende desde el comienzo de la calle de Cuba, en lo que fué Cortina de Valdés, hasta lo que es hoy continuación de la calle de Chacón, nos ofrece una espléndida muestra de la forma y peculiaridades que tuvieran en su construcción las Murallas, sin que falte en este trozo a que nos referimos la típica garita, también de gruesa piedra, que servía para refugio de los centinelas. Además, como ya también hemos expuesto, es ésta la única parte de Muralla marítima que aun existe, y desde la cual se combatió y murió en 1762 cuando el asalto y toma de La Habana por el ejército y armada británicos.

Todo este lienzo de Muralla, con su garita inclusive, iba a ser destruido en breve, pues los terrenos que ocupa se encuentran comprendidos dentro del trazado de una de las nuevas avenidas

correspondientes al paseo del malecón del puerto: pero gracias a las gestiones que realizamos en unión de nuestros amigos los doctores Francisco González del Valle y Francisco de P. Coronado, conseguimos que los ingenieros del Departamento de Obras Públicas encargados de la dirección de aquellas obras, nos ofreciesen respetar de dicho lienzo de Muralla una parte de éste con la garita que la corona, tal como se

hizo con el bastión y garita del Santo Angel, frente al actual Palacio Presidencial.

Este trozo de Muralla marítima de que nos venimos ocupando formaba parte del lienzo que corría desde el sitio en que estuvo la puerta de la Punta, junto al castillo de este nombre, hasta la Capitanía del Puerto, y fué construido en época del gobernador Dionisio Martínez de la Vega, de 1730 a 1733, según se des-



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

prende de las lápidas que existieron en la puerta de la Punta y en la parte de Muralla inmediata al edificio en que se encontraba instalada hasta no hace mucho la Capitania del Puerto, en sustitución de la trinchera que desde la Punta a la Maestranza hizo "de rafas a trechos y tapia de cinco palma de ancho... y en ella... un reducto que mira a la mar", el gobernador don Lorenzo de Cabrera y Cervera, de 1629 a 1630, según da a conocer la historiadora Irene A. Wright, así como que dicha trinchera fué objeto de censura, entre otros por Pedro de Armenteros, por creer "que ningún enemigo intentaría desembarcar allí bajo las baterías de los tres fuertes, y que al llevar a esa trinchera los soldados necesarios para defenderla, se debilitaban mucho las fortificaciones de la Caleta, Punta Brava y la Chorrera".

Hacia 1740 el gobernador Juan Francisco Güemes y Horcasitas reconstruyó, fortaleciéndolo considerablemente, el lienzo levantado por Martínez de la Vega, a tal extremo que, según ya vimos en otro artículo, el historiador Arrate lo juzga uno de los trozos mejor construido de las Murallas. Después de la toma de La Habana por los ingleses, realizada la restauración española, recibió esta parte de la Muralla las necesarias reparaciones en los destrozos que en la misma causó la arti-

lleria inglesa, terminándose su definitiva construcción en 1797 durante el mando del conde de Santa Clara.

Sobre este trozo de Muralla se construyó años más tarde el Parque y Maestranza de Artillería, considerado por el historiador Pezuela como "el verdadero falansterio militar del armamento del ejército de Cuba, desde que dio impulso a sus talleres en 1860 Excmo. señor capitán general don Francisco Serrano". En ese "excelente establecimiento", se construía y reparaba toda clase de armas de fuego desde fusiles hasta cañones, así como se fabricaban cápsulas, pues contenía todos los artefactos y maquinarias para estos menesteres bélicos, de acuerdo con la época. De sus talleres salieron las armas empleadas en la expedición española a México, y Pezuela relata que desde 1860 a fines del 62 "se pusieron en perfecto estado de servicio 6.923 fusiles que habían sido dados de baja por inútiles, y a 3.929 se le pusieron llaves de pistón y a 1.293 cajas nuevas".

Pedro J. Guiteras en su muy valiosa *Historia de la Conquista de La Habana*, al hablar de las fortificaciones con que contaba La Habana para su defensa el año 1762, señala como la parte mejor fortificada de la ciudad la nordeste, cuyo frente marítimo, desde el castillo de la Punta hasta la Capitania del Puerto, daba precisamente la cara a alturas de la otra margen de la entrada del puerto que constituían serios pe-



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

ligros en caso de ser dominadas por los sitiadores. Refiérese al castillo del Morro, y a la loma de la Cabaña, en aquella época no fortificada aún.

Sabido es que cuando el 6 de junio se presentó a la vista de La Habana la escuadra inglesa, el gobernador don Juan de Prado y Portocarrero, fiado en la errónea creencia de que dada la inexpugnabilidad de la plaza, no se atreverían a atacarla, no tomó precauciones sino hasta después que le avisaron del Morro que los navíos británicos se disponían a realizar un desembarco, pues muy por el contrario, y según refiere Guiteras tomándolo del *Beatson's Naval and Military Memoirs*, los británicos juzgaban que La Habana, aunque bien fortificada, no era inexpugnable en aquella época.

Entre las presurosas medidas de defensa que se tomaron merecieron atención preferente los trabajos de fortificación del lado de la bahía, desde la Punta al Arsenal, en cuyos trabajos fueron utilizados "los negros esclavos ofrecidos voluntariamente por sus dueños los cuales sirvieron de gran utilidad en las operaciones por el lado de la bahía y en los trabajos de fortificación". Estos esclavos los hace ascender Pezuela a 1.400 o a 1.500 de propiedad particular, más los 300 que pertenecían al rey. El total de hombres que este historiador español señala como participantes en la defensa de La Habana, dice, ascendían a unos 2.600 entre tro-

pa regular y marina, más 300 dragones y 1.200 marinos de la escuadra anclada en el puerto que apenas tomaron parte en la defensa inmediata del recinto. En cuanto a los voluntarios, gente de campo y de color de las inmediaciones de la plaza, Guiteras rectifica a Pezuela en su afirmación de que no pasaron de 3.000, haciendo resaltar las contradicciones en que incurre sobre este asunto dicho historiador, inclinándose más bien a aceptar la cifra dada por Antonio José Valdés, de más de 10.000 hombres, aunque no todas, ni mucho menos, de estas milicias estuvieran armadas, pues afirma este último historiador que el día 6 de junio después de haberse repartido al vecindario los "3.500 fusiles, muchísimos descompuestos, algunas carabinas, sables y bayonetas... vinieron a quedar por último in-

numerables vecinos de La Habana) desarmados".

El día 11, al mediodía la infantería ligera y los granaderos mandados por el coronel Carleton, después de varias frustradas tentativas, tomaron la altura de la Cabaña, como dice Guiteras "el punto más importante de la plaza... llave principal de la defensa de La Habana", continúa el propio historiador haciendo resaltar que "Prado conoció todo el valor que tenía la posición de la Cabaña cuando los ingleses empezaron a hacer sus preparati-



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

vos para rendir el Morro, y se empeñó en desalojarlos de allí sacrificando gran número de gente, que con mejor crédito de su honra hubiera sabido arriesgar sus vidas en defenderla".

Ya en posesión de la Cabaña, el conde de Albemarle ordenó al general Guillermo Keppel poner sitio al Morro, construyendo al efecto, no sin grandes trabajos, fortificaciones, las que al fin el día 30 quedaron en disposición de iniciar el ataque con sus cañones y morteros de varios calibres, abriendo el fuego en la mañana del 1º de julio contra el Morro. Keppel tuvo que reforzar esas fortificaciones con otras baterías construidas a doble distancia del Morro que las anteriores, a fin de

mejor repeler "los fuegos de la ciudad y de la Punta, los de la escuadra surta en el puerto y las baterías flotantes de los sitiados", según refiere Guiteras tomándolo del *Diario* de McKellar.

Fué inútil la heroica defensa que del castillo del Morro hizo su gobernador don Luis de Velasco debido a la ineptitud de Prado, su demora en ayudar por el campo con tropas de la ciudad a Velasco y el error de elegir para que integraran éstas cuando se decidió a enviarlas, no militares aguerridos sino unos 1.000 milicianos recién llegados del interior de la isla y sobre 500 pardos y morenos de La Habana, a todos los cuales llevó la incapacidad del jefe español Luján "a morir miserablemente en pago del noble espíritu que los animaba de ser útiles a su país y defenderlo contra la invasión extranjera", según afirma Guiteras, así como la cobarde deserción ante el ataque del teniente inglés Carlos Forbes con su piquete de Royals, de la marinería y artilleros de brigada españoles que se arrojaron fuera del Morro, dando lugar a que las demás tropas "se ocultaran en las trincheras y al abrigo de los blindajes que se habían colocado para defensa de las bombas enemigas" Y la fragata *Perla*, anclada entre la Cabaña y la muralla marítima de la Maestranza, logró tan sólo incomodar a los ingleses, que la echaron a pique el día 26. Al fin, las tropas británicas se posesionaron el 30 de julio del Morro.

Ya en posesión de las alturas de la Cabaña y el Morro que dominaban la línea de fortificaciones desde la Punta a la Fuerza, los ingleses dirigieron sus ataques sobre este lado de la ciudad. En ambas fortalezas, y principalmente en la de la Punta y en el lienzo de Muralla que corría desde ésta hasta la Fuerza, frente al Morro y la Cabaña, trataron de repeler el fuego de los ingleses, auxiliados los artilleros y milicianos por dos fragatas y el navío *Aquilón*, que se situaron frente a la loma de la Cabaña, precisamente junto a la parte de Muralla marítima que resguardaba la Maestranza, pero dichas fragatas tuvieron que internarse en la bahía viéndose obligado también a hacerlo el *Aquilón* el día 3 a cau-



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

sa del grave daño que le infirieron dos obuses de la Cabaña, haciendo 24 pulgadas de agua por hora y habérsele arrojado la mayor parte de la gente al mar, según refiere el gobernador Prado en su *Diario Militar*.

Concentrada la defensa de La Habana ya solamente a la línea de fortificaciones comprendida entre la Punta y la Fuerza, sobre ese frente arreciaron su ataque los ingleses, construyendo al efecto trincheras, como relata Valdés, "desde la eminencia de la Pastora hasta la cruz de la Cabaña, mirando a nuestros baluartes, y los castillos de Fuerza y Punta y en ellas montaron 42 cañones de

todos calibres, y gran porción de morteros, con cuyos adelantos el día 10 nos requirieron por capitulaciones, y para más imponernos respeto, amanecieron el 11 descubiertas las baterías, principiando con un fuego copioso y continuado, que duró hasta la una del día, en que mandó el gobernador poner bandera de paz, para efectuar los artículos de las capitulaciones".

Y efectivamente, el 12 de agosto se firmaron éstas por los representantes de España en Inglaterra: Juan de Prado, Antonio Ramírez de Estenoz, el marqués del Real Transporte, J. Pocock y Albemarle, posesionándose las tropas de S. M. británica del castillo de la Punta y demás fortificaciones dentro y fuera de la ciudad, el día 14.

Tal es la historia de este lienzo de Muralla marítima que la piqueta del progreso ha de derribar en estos días para que por el sitio que ocupaba crucen las amplias y hermosas avenidas de la nueva *Grande Habana*. Lamentable hu-

biera sido que de este trozo de las Murallas no quedase recuerdo alguno, como reliquia, para conocimiento e ilustración de la presente y futuras generaciones cubanas, porque como el lector habrá podido comprobar fué el lienzo que va desde el castillo de la Punta hasta el Arsenal, y principalmente hasta la Fuerza, la única parte de las Murallas que realmente se utilizó al través de los años para los fines de defensa de la ciudad que motivaron su construcción. Esas piedras, algunas de las cuales por nuestras gestiones serán conservadas y deben merecer la declaración oficial de

monumento nacional, fueron regadas con la sangre de centenares de habitantes de esta ciudad, hijos de ella, en su mayor parte, (blancos, pardos y negros), y esclavos africanos otros, que ofrendaron sus vidas, con mayor heroísmo aún que los propios jefes y soldados del ejército español, por repeler el ataque de tropas a las que consideraban enemigas,



ya que lo eran de los monarcas españoles. Cándido heroísmo e ingenua lealtad la de estos habaneros y africanos que nunca pudiera haberseles ocurrido, ni aun a los de cierto nivel superior de cultura como Luis de Velasco, el defensor del Morro, Luis de Aguiar, el regidor y coronel de milicias defensor de la Chorrera y las playas de San Lázaro, José Antonio Gómez, el alcalde mayor provincial de Guanabacoa, el teniente Diego Ruiz, el guerrillero Pepe Antonio y los miembros del Cabildo habanero que tan altiva-

mente mantuvieron los fueros y prerrogativas municipales, pensar y suponer que la toma de La Habana por los ingleses, a la que todos ellos denodadamente se opusieron, produciría a la capital y a la isla extraordinarios e inestimables beneficios, que sin ella no hubieran recibido de los españoles hasta largos años más tarde. Los cubanos se batieron en 1762 con mayor heroísmo y demostrando sus jefes superior capacidad militar que las tropas y jefes españoles, desde el incapaz gobernador Prado hasta la mari-

nería y artillería que huyeron del Morro y abandonaron el navio *Aquilón*.

Manuel Sanguily se pregunta ante esta actitud de los cubanos, en la carta prólogo del libro *Pepe Antonio*, de Alvaro de la Iglesia: "Pero, al fin, me pregunto: ¿Por qué peleaba esa gente? ¿Por qué era tan leal Pepe Antonio? ¿Por qué odiaban hasta la ferocidad aquellos cubanos de Ruiz y de Aguiar a los ingleses?"

Y tanto más asombran ese heroísmo y esa lealtad cubanos, contemplados hoy, después de ofrecernos la historia las pruebas reiteradas de que nunca los gobiernos de la metrópoli y los gobernantes españoles de la isla supieron reconocer ni recompensar ese sacrificio y esa adhesión, negando en todo momento a los hijos de esta tierra cuanto significara justicia y libertad.

En nuestro libro publicado el año 1929, *La Dominación Inglesa en La Habana*, estudiamos ampliamente la trascendental significación que tuvo la conquista de La Habana por los ingleses en el progreso y mejoramiento de la agricultura, la industria, el comercio y la cultura cubanos.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA